Antonio Maura y Montaner

Necrología de

D Benito Pérez Galdós

387
m

NECROLOGÍA

DE

D. BENITO PÉREZ GALDÓS

DISCURSO PRONUNCIADO

EN LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

POR EL

EXCMO. SR. D. ANTONIO MAURA

MADRID
TIP. DE LA «REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»
Olózaga, 1.—Tel. S. 1.385.
1920

Digitized by the Internet Archive
in 2014

http://archive.org/details/necrologadedbeni00maur

L
PA3
YM

LS
P4387
.Ym

NECROLOGÍA

DE

D. BENITO PÉREZ GALDÓS

DISCURSO PRONUNCIADO

EN LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

POR EL

EXCMO. SR. D. ANTONIO MAURA

259381
21-9-31

MADRID
TIP. DE LA «REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»
Olózaga, 1.—Tel S. 1.385.
1920

ADVERTENCIA PRELIMINAR

En la sesión necrológica que para honrar la memoria del insigne escritor don Benito Pérez Galdós celebró el 8 de enero último la Real Academia Española, su director, el excelentísimo señor don Antonio Maura, pronunció el discurso que va a continuación de esta advertencia.

Apenas extinguido el eco de los aplausos y plácemes que tan bellísima oración hubo de arrancar a los circunstantes, el censor de la Academia, excelentísimo señor don José Ortega Munilla, manifestó que, si bien, según costumbre, el discurso del señor Director se había de publicar en el Boletín de dicho Cuerpo, como esto se retrasaría aún bastante, por las condiciones de aquella revista, creía conveniente que se hiciese en seguida una edición copiosa y esmerada, para que los lectores le pudiesen saborear con la oportunidad que el motivo requería. Esforzó todavía el ilustre Censor su parecer añadiendo que el Boletín de la Academia no circulaba tanto como hubiera sido de desear, y que los innumerables devotos que así en la Europa culta como en toda América tiene el gran novelista verían con inmenso placer el juicio y la apreciación general de su grande ingenio y de sus obras hecho por quien, como el señor Maura, reúne la indiscutible competencia, el arte maravilloso para exponer sus ideas y el haber tratado largos años, bastante de cerca, al compañero que nos acaba de arrebatar la muerte.

La Academia, asociándose al pensamiento de su insigne Censor, acordó, a una voz, que el señor Maura reprodujese fielmente por escrito el discurso y se lo comunicase para proceder a su impresión inmediata. El Director, después de vencer los escrúpulos que le ofrecía su modestia, y cuidando sólo de complacer a sus compañeros de Academia, prometió cumplir lo que le pedía, y el resultado de su bondadosa obediencia es el que, sin más preámbulo, puede gozar el lector en las páginas que siguen:

Señores Académicos:

Está vinculado a este sillón el honroso cometido de expresar nuestros comunes sentimientos, y antes que levantemos la sesión a causa del presente duelo, hemos de guardar la costumbre de hablar de él, que esto sirve de lenitivo en cualesquiera tribulaciones; pero ser quien era el finado hace para el caso gran diferencia. Don Benito Pérez Galdós no era sujeto cuya obra literaria se pueda considerar como una de las fases de su vida; en esta obra consiste su personalidad entera; no estuvo su labor confinada en zona alguna profesional, sino que, durante el transcurso de medio siglo, alcanzó plenitud copiosísima en estrecha y perenne comunicación con el gran público, usada esta palabra en el más comprensivo de sus significados. Dentro de esta Casa, hablaros de la obra literaria de Galdós parece ocasionado a un despropósito semejante al que cometería poniéndome a describir la luz ante quienes estuviesen bañados y deslumbrados por un sol radiante. El solo nombre de Galdós evoca en los ánimos de todos vosotros aquella colosal y gloriosa producción, con mayor viveza y brillo que podría alcanzar yo ensalzándola; y es evocación que eclipsa y borra la restante existencia del autor.

Porque ello acontece así, se nos depara hoy algún desquite, tras tantos agravios como viene haciéndonos la muerte; advirtamos cuán reducida queda esta vez su jurisdicción. La obra de Galdós concluída estaba desde algunos años ha, y perdurará no sólo indemne, sino realzada con nuevo nimbo de serenidad respetuosa.

No podemos eximirnos de la herida en nuestro afecto personal; pero es tan esplendorosa la supervivencia de su ingenio creador, y estuvo siempre Galdós tan absorto en esta creación misma, que se nos hará trabajoso romper el hechizo y acabar de entender que se ausentó él de nuestra compañía.

En Las Palmas, a 10 de mayo de 1843, nació Galdós, el menor de numerosos hermanos. Durante su adolescencia cultivó la pintura con aprovechamiento; en una exposición provincial del año 1862 obtuvo mención honorífica por un cuadro, *La Alquería,* unos dibujos, *La Magdalena,* y no sé qué boceto. Cultivó también la música, a la cual siguió siempre aficionado. No le fué tan fiel a la pintura. Hará treinta y cinco o más años que sazonábamos juntos con este pasatiempo los ocios veraniegos en Santander; llevábame él, naturalmente, gran ventaja, y, no obstante, pronto se retrajo, so pretexto de que le impacientaba la cortedad del progreso que conseguía. Digo pretexto, porque la verdadera causa era otra: el ahinco fervoroso con que por entonces manejaba la pluma no le consentía ocios y le desganaba de los pasatiempos.

Seguía de este modo una vocación inequívoca y decidida, cual pocas lo habrán sido. Notadlo: viene a Madrid para cursar, y cursa, en efecto, la facultad de Derecho desde 1863 hasta 1869. Entre tanto, tuvo por compañero suyo de posada a su paisano, con quien después me unió también una buena y constante amistad, don Fernando León y Castillo; y tanto monta decir que se le franquearon cuantos accesos convergen hacia la política. En 1886 publicó su primer artículo en *La Nación,* periódico de don Pascual Madoz, estreno al cual siguieron varios otros trabajos críticos de artes y teatros. Al terminar la carrera universitaria formó parte de la redacción del periódico *Las Cortes,* que acababa de fundar don Aníbal Alvarez Osorio, y le estuvieron encomendadas allí las reseñas parlamentarias. Al siguiente año, don José Ferreras le presentó a su gran amigo Albareda, propietario de la *Revista de España,* donde Gal-

dós publicó artículos de crítica literaria, y también sus primeras novelas, que luego tiró aparte. En 1871 el mismo Albareda fundó *El Debate*, y Galdós escribió mucho en el nuevo periódico; pero desde 1873 ya no tuvo aliento ni voluntad sino para el magno empeño de sus *Episodios Nacionales;* cortó entonces su vida de periodista.

Con estas andanzas simultaneaba la asistencia asidua al Ateneo, donde por aquel tiempo, en el antiguo domicilio de la calle de la Montera, oíamos discutir lo divino y lo humano, con ardoroso y juvenil atrevimiento; tuvo ocasión para explorar terrenos harto extraños a la carrera universitaria que seguía. Además, aun antes de terminarla, visitó a París y a otras ciudades francesas.

Quiero dar a entender con esto que al madurar la juventud de Galdós le eran, más que solían ser, conocidos todos los cuadrantes de la rosa náutica: pintura, música, que se correspondían con su privilegiadísimo temperamento artístico; jurisprudencia, con la vulgar pluralidad de sus ejercicios y derivados; letra de molde, con sus mil fascinaciones, que a tantos otros cautivaron, disiparon y agostaron en flor, singularmente a los tentados de vanagloriosa ambición política; y con ser tan varias las tentaciones que le rodeaban, de todas se desentendía para dedicar alma y vida a la *profesión* de novelista, ignorada todavía en aquel tiempo. Porque esto hizo; no se limitó, como otros han hecho, a escribir novelas; vertióse en ellas enteramente. Vedle decidirse en su mocedad, y marcar y trillar su sendero, que era nuevo en la vida española; y ved ahora, tras cincuenta años de labor asidua, que la figura gigantesca y luminosa que se alza sobre su fosa recién abierta, es la de Galdós novelista. Un tiempo hubo en que le captó el teatro; también le descaminaron, cuando gozaba ya la plenitud del renombre, veleidades políticas; pero la personalidad insigne que hoy admiramos, vencedora de la muerte y ungida de inmortalidad, no

es la del dramaturgo, todavía menos la del político; es el novelista.

Hallo en tal ejemplo un testimonio más de que, si necesita dotes y aptitudes proporcionadas quien haya de cumplir grandes cosas, ni este don del Cielo, ni el ahinco más obstinado fructifican cuando se yerra la vocación y se navega la vida entera contra corriente. Muy a la inversa, Galdós estaba forjado para la profesión que eligió.

Con criterio estético atinadísimo, fué siempre su apotegma que había de tomar las enseñanzas de la Naturaleza, es decir, de la realidad, y señaladamente de la vida; de la vida humana, sobre todo, estudiada en el individuo, en las agrupaciones y en las muchedumbres; asuntos de inagotable variedad y de amorosa y perenne atracción para nuestro propio espíritu, porque cuanto más intenta él escudriñarse, más se sumerge en el arcano. Imbuído de esta máxima, fué siempre Galdós un tenacísimo y enconado observador; digo poco: fué la observación sistemática, hecha persona.

Recordad su trato personal. Quien estuviese en su compañía, en visita, en tertulia, en viaje, en paseo, ¿confesaría luego, aunque le dieran tormento, que era aquél el autor de las páginas donde nos asombran y nos cautivan la fantasía fertilísima, la sagacidad penetrante y la delicadeza exquisita de los análisis espirituales, la sensibilidad que percibe y realza las más recónditas bellezas del orden físico y del mundo moral, y la copiosa y fluída expresión, como si manase de un rico venero? Galdós, aunque bondadosamente afable, resultaba seco, glacial, reservadísimo; ignoro si habrá tenido algún instante de efusión, yo no se lo conocí; cuando quebrantaba su mutismo, solía ser para preguntar, o bien para incitar al interlocutor; que se explayase, que prosiguiese, que ahondase. Galdós, el autor de los diálogos vivísimos, usaba dialogar, haciéndose mero testigo del monólogo; y cuando esto hacía, rebosaban en su mente las ideas y las imágenes; pero aquel a quien tratábamos como admirado amigo, no era sino

un observador, cual si para otra cosa alguna no hubiese venido al mundo; atendía a formar su represada, codicioso de verterla, precisa y solamente, por el caño de su pluma.

En tal grado le absorbía este prurito de observación, que para aquellos cuidados y haciendas que aun el común vulgo suele manejar con desembarazo, resultaba él desmañadísimo; tenía enajenada su atención, ausente su espíritu. Vímosle, en más de una ocasión, entrometerse en andanzas políticas; la vez primera fuimos él y yo correligionarios, y recuerdo los comentarios que solíamos hacer de lo que presenciábamos. Ellos me confirmaron en la idea de que hizo aquella diversión tan sólo porque le pareció que uno de los modos de explorar las márgenes del río, es dejarse llevar por la corriente; una manera más de acopiar fibra para sus tejidos. Pronto dió al través en las aceñas, y más desastradamente le avino esto mismo la segunda vez que se dejó arrastrar en aguas más procelosas, porque no había nacido para navegaciones semejantes, de las cuales acabó por apartarse.

Espíritu como el suyo había forzosamente de tener gran inclinación a leer, y bien se clarean en sus páginas las variadas y extensas lecturas; pero igualmente se acredita allí que nunca emprendió verdaderos estudios de materia alguna; todas sus aficiones y sus curiosidades se sacrificaron al devotísmo hojear su libro magno, la *Summa* enciclopédica, es decir, la vida de los hombres, la sociedad humana; aquella sociedad atormentada, desconcertada por una crisis transformadora, de la cual, considerada como materia novelable, os habló su discurso de ingreso en esta Academia.

Porque era fidelísimo a su postulado y cifraba en el *natural,* según los términos pictóricos, en la observación directa de la realidad, la inspiración única de sus obras literarias, de éstas ha quedado casi por entero excluída una zona social que los hábitos y los absorbentes trabajos de Galdós no le consintieron frecuentar, ni conocer de cerca: las clases aristocráticas, y la manera

suya de ver, entender y practicar la vida. En cambio, en las páginas de Galdós quedan animadas de vida imperecedera las clases populares, en toda la gradación de sus penalidades, desvalimientos y miserias, y las clases medias, en la dilatadísima serie de sus angustias, de sus anhelos, de sus desniveles resbaladizos, de sus vergonzantes estrecheces, y también de sus bríos emprendedores; alumbrado queda y acopiado, a propósito de las gentes de toda condición, el raudal de sufrimientos, de virtudes, de heroismos, y también de bellaquerías, claudicaciones y abominaciones, que pasa, como corriente subálvea, entre los revueltos yacimientos sociales.

Cuando recuerdo el conjunto de las obras de Galdós que hemos venido leyendo durante medio siglo, más me maravillo ante lo que ha sido siempre enigmático para mí. Sabiendo el empleo que hizo de sus días y sus horas, conociendo sus hábitos, jamás acerté a explicarme cómo, cuándo ni donde pudo atesorar Galdós la noticia, que tan espléndidamente prodigaba su pluma, de la variedad casi infinita de los tipos individuales, y de sus agrupaciones, y de los andares, y de las conexiones, y de las peripecias, y de las reconditeces de la vida española contemporánea, o inmediata predecesora de su propia vida, siempre retraída y atareada. ¿Por cuáles aspilleras y saetías de la especie de garita en que le vimos recluído, otearía Galdós, y escudriñaría, para captar aquel cúmulo inmenso de observaciones?

No puede ser sino que Dios le dotara de aptitudes excepcionalísimas para hacer de cada indicio el vértice de un amplio cono luminoso; para inducir de un rasgo el despliegue cabal y minucioso de todo un carácter; para arbolar, sobre un dato episódico, la armazón de una existencia entera; dón adivinatorio, que a su espíritu le servía como al experimentador la lente del microscopio, agigantadas y abrillantadas las imágenes, y reveladas a él solo cien interesantísimas realidades que nos rodean, sin que las advirtamos en nuestro habitual comercio humano.

Sin duda era potente y fértil su imaginación crea-

dora; había de serlo en grado eminentísimo para tender la trama de tales y tantas obras; pero no lograra con esto producirlas si no dispusiera de aquella riquísima y variada urdimbre con que las vemos refulgir, recamadas de oro finísimo y sembradas de esplendente pedrería. Tanto y más que la fantasía contribuyó a la producción literaria de Galdós una privilegiada sensibilidad perceptora, con avidez y con sagacidad, de las notas positivas, realzadora del brillo estético que suele estar apagado en la vida cotidiana, y glosadora de sus aspectos éticos y de la intimidad social, que forman, ciertamente, lo más interesante del espectáculo del mundo.

He de añadir el mérito singular de ejercitarse estas dotes relevantísimas del observador sin que, al libar y captar los materiales de su producción literaria, los redujese al molde personal. Supo evitar la uniformidad amanerada de los panales, y el sabor único de la miel, que por dulce y fragante que fuese, pronto empalagaría y hastiaría a la muchedumbre de sus lectores. ¡Prerrogativa del espíritu, exceder y aventajar aun a las más gratas maravillas de la naturaleza física!

En la producción literaria de Galdós son ostensibles, y eran inevitables en el curso de tantos años, los influjos del tornadizo gusto preponderante en Europa. Sin esfuerzo se distinguen las huellas de Balzac, de Dickens, del par de ingenios alsacianos Erckmann y Chatrian, de Zola, de Tolstoi y de otros escritores norteños; pero no son sino vientos mudables, que hinchen de modos diversos las velas; en la textura y el corte de ellas perduraron siempre la originalidad personal y el castizo españolismo.

Sobre las páginas innúmeras que durante su vida escribió Galdós, flota purísimo y encendido, como un hálito de bendición, el amor patrio. Porque el patriotismo residía en su corazón, estaba nativamente preservado de la chocarrería patriotera; heces de aquel néctar, con las cuales suelen embriagarse los desventurados en quienes jamás logran los afectos desprenderse del apetito. Porque el patriotismo era en Galdós

congénito, inadvertido, indefectible, operaba en sus lectores con aquella comunicación emotiva que tan sólo pertenece a la sinceridad. Se comprueba que era tal con el hecho de no haberse jamás manchado como tantos escritores, sus contemporáneos, se mancharon con el desafecto a España; a la España de ayer, que nos engendró, y a la España actual en que se contiene la de mañana. Sé que a esta flaqueza, a este avinagramiento de la pedantería, que con injusta desafección para lo castizo, sugiere una servil e inmerecida exaltación de lo exótico, no le faltan explicaciones circunstanciales, llamémoslas históricas; pero, aun tomándolas en consideración, ha sido siempre para mí repulsivo aquel achaque... iba a apellidarlo mental, y me detengo, porque sospecho que más es lacra del corazón.

Galdós respira siempre, siempre, cariñosa solicitud filial por las cosas españolas. Advirtamos cuánta ocasión tuvo para esta efusión patriótica, porque recorrió con la mirada escrutadora los más doloridos repliegues de la existencia contemporánea; manejó y amasó el fango, pútrido a veces, sangriento otras veces, que fué abundantísimo en aquellas lastimosas postrimerías de la décimoctava centuria, y en las no menos lamentables gestas políticas de la décimonona. Sin embargo, nunca asomaron acritudes de la desafección ni frialdades del menosprecio; ni siquiera faltó la simpatía, que suele presentarnos como explicable aquello mismo que hemos de vituperar, en lo que no nos es indiferente. El españolismo de Galdós está, pues, en el tejido mismo de sus obras y no sólo en la elección de asuntos para los numerosos episodios nacionales, y las novelas, y las piezas teatrales, que bajo esta nota característica se comprenden.

Atributo de las páginas galdosianas es también una benignidad cariñosa hacia los infortunios, desvalimientos y tribulaciones de los afligidos por la injusticia, por el dolor o por la miseria. También fueron excepcionalmente habituales las oportunidades que se ofrecieron para que esta especie de humoración espiritual se

hiciese ostensible de manera espontánea; porque acontece que en la novela y en el teatro de la Francia contemporánea, se han solido frecuentar más que otros los sentires de una burguesía ahíta, exenta de los cuidados que suscita la estrechez pecuniaria; las pasiones y vicios, las preocupaciones y conflictos que prosperan entre gentes ociosas, aquejadas de opulencia y de enfermizo capricho, entre carcajadas y refinamientos; pero la materia habitual de las obras de Galdós está, por el contrario, tomada de otras zonas de la sociedad humana, donde son frecuentes penurias, inopias, carestías, anhelos desavenidos con el ambiente en que se despliegan, pugnas del aliento individual con el medio colectivo que lo dificulta o lo asfixia, contraposiciones del impulso progresivo y la raigambre tradicional. El horizonte galdosiano es más triste, más austero, más doliente.

Con gran frecuencia, por tanto, trató los más variados infortunios, y siempre se vió manar de su pluma el bálsamo de aquella afectuosa simpatía, que para llamarse caridad tan sólo necesita la presencia declarada de Dios, que así ennoblece a las almas.

Esta cualidad de Galdós se manifiesta de modo diverso que en las obras de Dickens, quien despliega más ternura, es más acariciador y más mimoso, hasta confinar con las expansiones infantiles y femeninas del afecto humano. Galdós se ablanda, se compadece, se asocia al dolor, en más adustos términos; pero la diferencia consiste en la exteriorización y no en el jugo cristiano, del cual no hallo yo menos imbuída el alma de Galdós.

Cuando hago este cotejo, mi memoria renueva una impresión indeleble de mi primera visita a la Galería Nacional de Londres. Después de admirar aquella serie de retratos insuperables, aquellas facciones señoriles todavía aseñoradas por el pincel, aquella transparencia del cutis sobre las venas, aquellas pupilas azuladas o grises por las cuales pasa la luz como por una lágrima, aquella prolija delectación en las finezas más tenues,

forma contraste inolvidable un retrato varonil, pintado con los sobrios, sintéticos y magistrales trazos de Velázquez; lienzo que, colocado en un caballete, parecía llenar el salón de muro a muro, moverse la recia musculatura bajo el jubón y los gregüescos, y disponerse el personaje a romper el silencio con el habla de su tiempo, y a atusarse el poblado y retorcido mostacho.

No acierto a discernir por cuál de los dos modos, entre sí tan diversos, se consigne mejor comunicar el aliento vital; ni sé tampoco cuál de las dos expresiones del afecto llega más derechamente al ánimo de los lectores. Para mí, en este respecto, no cede a Dickens la efusión literaria de nuestro novelista.

Porque tenía henchido de esta savia el corazón, aconteció que, cuando a Galdós le empujó y le hizo cimbrearse y doblegarse el galernazo del realismo naturalista, no cayó él en la sequedad bestial de los modelos, ni llegó a enconarse en aquella sañuda y desaseada versión de la vida.

Más ruda y duradera fué otra prueba en la cual tampoco sucumbió Galdós.

Dedicado como estaba al oficio de observador; fundido de una pieza para tal oficio, el cual había de connaturalizarle con la propia y personal inhibición; es decir, que el hábito hacía infranqueable la distancia entre el espectador y la escena, habían forzosamente de acontecer dos cosas: que en la traza general de la obra galdosiana, tuviesen entrada realidades tan ostensibles como fueron las desavenencias filosófico-confesionales, las discordias político-religiosas y aun sus degeneraciones toscas y callejeras en clericalsmos y anticlericalismos; y que forzosamente también tratase Galdós estos delicados temas con la desventaja de haber vivido absorto por su profesión de literato, sin holgura y sin hábito de visitar a menudo y cultivar, con reposada meditación, las intimidades de su propio espíritu.

Por añadidura, al tiempo de su entrada en la edad adulta, el estrépito que le rodeaba en el Ateneo, en la letra de molde y en la calle, había consistido en encona-

das pugnas y desmandadas facundias, a falta de investigaciones serias, aunque divergentes, a propósito de este linaje de asuntos.

Tan sólo olvidando todas las apuntadas circunstancias cabría maravillarse del influjo positivo que ellas tuvieron en algunas obras de Galdós. Aunque su número comparativamente resulte escaso, de mis notorias creencias y convicciones inferirá quien quiera que obras tales me desagradaron; desagrado que no ha de sugerirme ahora reproches, sino más bien convidarme a respetar los juicios de otros lectores, que las preferirían y celebrarían calurosamente.

Todos a una debieran conocer cuánto difiere la obra elaborada con desinterés, bajo la pura inspiración artística, de lo que se forja para utensilio o como arma; diferencia análoga a la que separa al escultor del ortopédico. Pero aun de esto he de prescindir para observar cómo salvó Galdós el peligroso trance, y he de definirlo invocando a Menéndez y Pelayo, testigo de mayor excepción, bajo todos los conceptos que al caso vienen.

El discurso con que acogió a Galdós en nombre de la Academia, donde trató este tema, aunque lamentó la tendencia de alguna de las muestras del género, notó que no podía extenderse a más la censura; porque, no habiendo hablado la única autoridad que exige acatamiento en este punto, a nadie es lícito, sin nota de temerario u otra más grave, penetrar en la conciencia ajena, ni menos fulminar anatemas, que pueden dilacerar impíamente las fibras más delicadas del alma. Aunque registró las concesiones que temporalmente obtuvo de Galdós la literaria evolución naturalista, proclamó que no fué materialista ni determinista nunca; e hizo notar cómo iba Galdós entrando, por aquel entonces, si no con paso firme, con notable elevación de pensamiento, en un mundo de ideas espirituales y aun místicas; mudanza que atribuyó, principalmente, "a la depuración progresiva, aunque lenta, de su propio pensamiento religioso, no educado, ciertamente, en una disciplina muy austera, ni muy avezado, por sus hábitos de obser-

vación concreta, a contemplar las cosas *sub specie æternitatis,* pero muy distante siempre de ese ateísmo práctico, plaga de nuestra sociedad, aun en muchos que alardean de creyentes; de ese nuevo pensar relativo, con el cual se vive continuamente fuera de Dios, aunque se le confiese con los labios y se profane para fines mundanos la invocación de su santo nombre."

Con efecto, el espíritu de Galdós era harto luminoso, harto elevado y selecto para que en tiempo alguno imitase a los isidros de la romería especulativa, que se celebra por turno en muy contadas ermitas; los cuales suelen improvisar, a la bohemia, un tenderete con cualesquiera bambalinas ontológicas, y a su sombra se ponen a desbarrar, vuelta la espalda a las nobles ansiedades con que, en el curso de los siglos, los más próceres entendimientos apuraron la potencia de la razón humana, en el empeño de saber algo acerca de nuestro propio origen, de nuestro propio ser y de nuestro final destino.

Porque perduraron en Galdós sus originarios conceptos, fundamento de todos los juicios sobre el mundo, sobre la vida, sobre el bien y el mal; y porque aquel aliento de patriotismo y de amor, que antes mencioné, nunca se secó en su corazón, pudo conservar el comercio espiritual que le unía con la multitud innúmera y varia de sus lectores. Perdiera sin remedio esta sutil e incoercible comunicación psíquica, si se hubiese descastado y desnaturado, en vez de conservar el jugo rancio y la indefinible fragancia del españolismo, que exhalan todas sus obras.

Este solo hecho: la extensión y el número de los lectores de Galdós, en toda la escala y en toda la diversidad de gentes, dondequiera que se habla castellano y perdura el genio castizo de nuestra raza, vale por prueba compendiada de las calidades que vengo señalando en su producción literaria. Sin ellas, por mucho que se acrecentasen otros méritos geniales, no habría podido captar, ni retener, ese público de lectores; serían otros quienes le estimasen y admirasen.

Haberse traducido las obras de Galdós al francés, al inglés, al alemán, al italiano, al holandés, al ruso y al sueco, atestigua que mereció conquistar aquel público, y prueba también que no es su único mérito el españolismo.

Contribuyó a estos afortunados éxitos el estilo de Galdós, el cual no consiste sino en el empleo sencillo, corriente, fluído y desembarazado del habla castiza, sin preocuparse nunca de acicalarla, ni de acumular primores ni preciosidades extrínsecas. El habla de Galdós se ciñe a los asuntos y a los casos como el aire ambiente, que nos vivifica sin que advirtamos su presencia, ni aun para agradecer su beneficio. La excelencia del estilo es la misma del cristal: que la mirada, al contemplar los objetos, no advierta que está él interpuesto.

Cuando el estilo se acicala a punto de que sus primores diviertan la atención para admirarlos, suplantando al asunto que se trata, siquiera sea por breve espacio, se puede notar de servidor infiel; inoportuno, por lo menos, y no es leve tacha, porque las más preciadas y finas pieles enfadarían durante la canícula.

El habla castellana le servía a Galdós por igual en la más extrema variedad de los tonos y de los casos, como le servía a Velázquez su paleta, en la cual es de sospechar que no tuviese colores, ingredientes de luz, sino la luz misma, para empapar en ella sus pinceles. Lograba así una versión tan ingenua de las ideas y los afectos, que era acepta, sin distinción, a los lectores de más diversas condiciones y de más desigual cultura, equidistante del desaliño y del atildamiento.

Menéndez y Pelayo, en el discurso que antes mencioné, recordó en términos compendiosos y magistrales la historia de la novela, desde los gloriosos orígenes que tuvo en España este género literario, y mostró cómo había sido iniciativa y mérito de Galdós restaurarlo, tras el amortiguamiento del siglo XVIII y tras lo tanteos de la primera mitad del siglo XIX. Estaba ya enfrascado Galdós en el magno empeño cuando des-

plegó Pereda sus alas aquilinas, y cuando Alarcón y Valera y otros ingenios esclarecidos, publicaron las principales muestras del género mismo que Galdós había adoptado como capital empleo de su vida.

No repitió nuestro novelista el artificio de mover, como movió Balzac en las distintas fábulas, unos centenares de personajes representativos, creados por su fantasía. De toda la extensión de los horizontes que contemplaba tomó Galdós los caracteres y los asuntos; mas no al acaso, sino tan sistemáticamente, que, al cabo, en el conjunto de sus obras, no se advierte la ausencia de ningún tipo, de ninguna inquietud espiritual, de ningún anhelo, de ninguna lacra social, de ningún doméstico desconcierto, de ninguna íntima tribulación o perplejidad. Acabaló la historia interna del alma española y del estado social de España durante el siglo más turbado y más crítico, a la vez que divulgó el conocimiento de la patria historia política, en aquella época.

Nuestro diligente secretario, señor Cotarelo, cuando me comunicó, según acostumbra hacerlo, los datos biográficos del académico difunto, formó este catálogo sincrónico que aquí tengo de las obras de Galdós, donde, en serie ordenada por fechas, tres distintas columnas distinguen los *Episodios Nacionales* de las novelas y de las piezas teatrales.

Quizás la sola inspección de este catálogo habría aventajado a cuanto os estoy diciendo, porque cada uno de sus cortos renglones evoca en quienquiera las lecturas que hicimos al tiempo de la publicación. Se insertará en el acta como parte integrante de mis consideraciones, porque será, sin duda, lo que más merezca recordarse.

El conjunto de la lista acreditará, además, una singularidad de la producción literaria de Galdós, porque desde 1870 hasta 1918 no transcurrió un solo año en que ella tuviese intermisión, y en los más del intervalo fueron cuatro o cinco los tomos que publicó.

El ejemplo va contra la índole discontinua, por no llamarla torrencial, que se suele atribuír a la vena li-

teraria o artística, sometida a los altibajos del humor y a las peripecias del vivir humano. Galdós escribió como cumple sus jornadas el viandante infatigable que conocía al partir su itinerario. Así se comprende mejor que resulte sistemático el conjunto, aun cuando entre las piezas de que consta los enlaces sean a veces invisibles.

En parte alguna se halla parangón para tal conjunto, si no es allegando las producciones de varios escritores. Galdós levantó en la historia literaria un jalón tan colosal, que vale por una divisoria orográfica. Suya será, en el curso indefinido de los siglos, la historia íntima de los españoles que vivieron durante la centuria décimonona; en este respecto es monumento único, imperecedero, la producción galdosiana; de análogo modo que la posteridad halla recapitulada la vida de los españoles en el siglo XVII, acudiendo a la obra, de magnitud nunca igualada, que nos legó Lope, y a la menos extensa, pero más selecta obra de Cervantes. No hay puerta más luminosa para que la individual existencia humana llegue al asiento de la inmortalidad, el cual es más angosto de lo que suelen pensar los aspirantes a alcanzarlo.

Los que tuvimos la suerte de conocer y tratar a Pérez Galdós, los que hemos podido cotejar con los originales sus pinturas, los que en esta Academia nos ufanamos de hallarnos compañeros suyos, conservaremos de él tal recuerdo, que apenas habrá la muerte conseguido convencernos de que nos arrebató su compañía.

CATÁLOGO SINCRÓNICO DE LAS OBR

AÑOS	EPISODIOS NACIONALES
1870	
"	
1871	
1873	*Trafalgar* (1.ª serie.) (Madrid, enero-febrero, 1873.)
"	*La Corte de Carlos IV.* (Madrid, abril-marzo, 1873.)
"	*El 19 de marzo y el 2 de mayo.* (Madrid, julio, 1873.)
"	*Bailén.* (Octubre-noviembre, 1873.)
1874	*Napoleón en Chamartín.* (Enero, 1874.)
"	*Zaragoza.* (Marzo-abril, 1874.)
"	*Gerona.* (Junio, 1874.)
"	*Cádiz.* (Septiembre-octubre, 1874.)
"	*Juan Martín, el Empecinado.* (Madrid, diciembre, 1874.)
1875	*La batalla de los Arapiles.* (Madrid, febrero-marzo, 1875.)
"	*El equipaje del rey José* (2.ª serie.) (Madrid, junio-julio, 1875.)
"	*Memorias de un cortesano de 1815.* (Madrid, octubre, 1875.)
1876	*La segunda casaca.* (Madrid, enero, 1876.)
"	
"	*El Grande Oriente.* (Madrid, junio, 1876.)
"	*El 7 de julio* (8). (Madrid, octubre-noviembre, 1876.)
1877	*Los cien mil hijos de San Luis* (9). (Madrid, febrero, 1877.)
"	
"	*El terror de 1824.* (Madrid, octubre, 1877.)
1878	
"	*Un voluntario realista.* (Madrid, febrero-marzo, 1878.)
"	
1879	*Los apostólicos* (10). (Madrid, mayo-junio, 1879.)

---

(1) En abril de 1868 publicó el cuento titulado *La conjuración de las palabras*, reimpreso, así como el de *La pluma en el viento, El artículo de fondo, La mula y el buey, Un tribunal literario, La princesa y el granuja* y *Juno*, en el tomo *Torquemada en la hoguera* (1889).

(2) La primera obra dramática de Pérez Galdós corresponde a su juventud. Se titulaba *La expulsión de los moriscos* y se la entregó a Manuel Catalina, empresario del Español, que se la admitió, pero no la puso en escena. Ha quedado inédita.

(3) En este año 1870 publicó en la *Revista de España* (tomos XIII y XV) dos artículos sobre *Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo*. Son una descripción arqueológica de la ciudad, con algo de leyenda y romances.

(4) La fecha entre paréntesis es la que el autor puso al final de cada obra y se refiere a la época en que fueron escritas. En las dramáticas, la de su estreno.

(5) Esta novela corta la publicó primero en la *Revista de España*, de 1871

AS DE DON BENITO PÉREZ GALDÓS [1]

NOVELAS

La Fontana de oro. (3) (Madrid, 1867-68.) (4)

La sombra (5). (Madrid, novbre., 1870.)

El audaz: historia de un radical de antaño (6). (Octubre, 1871.)

Doña Perfecta (7). (Madrid, abril, 1876.)

Gloria (2 tomos). (Madrid, diciembre, 1876. —Madrid, mayo, 1877.)

Marianela. (Madrid, enero, 1878.)

La familia de León Roch (3 tomos). (Madrid, junio, octubre y diciembre, 1878.)

DRAMAS (2)

(tomo XVIII; tres artículos). Reimprimióla en 1890, en un tomo, con otras obritas, que fueron: *Celín, Trompiquillos* y *Theros.*

(6) A este año corresponden los cuentos titulados *El artículo de fondo* y *La pluma en el viento o el Viaje de la vida,* fechados en Madrid, abril de 1872, y en septiembre el titulado *Un tribunal literario.* Estos dos últimos se publicaron primero en la *Revista de España* (tomo XIX, 1871, y tomo XXVIII, 1872). *El audaz* ocupa en la misma *Revista* muchos números de los años 1871 y 1872. En este año y el anterior escribió en dicha *Revista* diversas crónicas de la política interior de España.

(7) Se publicó primero en la *Revista de España,* de 1876, XLIX y L (de marzo a mayo).

(8) En diciembre de este año publicó *La mula y el buey, cuento de Navidad.*

(9) En el Almanaque de *La Ilustración Española y Americana,* de 1877, publicó un artículo descriptivo del mes de junio.

(10) En enero de este año compuso la novelita titulada *La princesa y el granuja,*

1879 *Un faccioso más y algunos frailes menos.* (Santander, noviembre-diciembre, 1879.)

1881

1882

1883

1884
"
"

1885

1886

1887
"

1888
"

1889
"

1890

1891

1892
"
"

1893
"
"

1894

---

(1) Por estos días emprendió un largo viaje a Inglaterra, donde permaneció algunos meses. Por eso resulta menor la producción de este año.

(2) En este año hizo otro dilatado viaje por muchas comarcas de Europa. Con fecha de Lisboa, 28 de mayo, y Vigo, 4 de junio de 1885, dió dos artículos descriptivos de Portugal, que se publicaron en algún periódico, y hacia 1890, en un tomito impreso en Barcelona en la colección *Diamante*.

NOVELAS

La desheredada. (Madrid, enero-junio, 1881.)
El amigo Manso. (Madrid, enero-abril, 1882.)
El doctor Centeno (2 tomos). (Madrid, mayo, 1883.) (1)
Tormento. (Madrid, enero, 1884.)
La de Bringas. (Madrid, abril-mayo, 1884.)
Lo prohibido (tomo I). (Madrid, noviembre, 1884.)
Lo prohibido (tomo II). (Madrid, marzo, 1885.) (2)
Fortunata y Jacinta (tomos I, II y III). (Madrid, enero, mayo y diciembre, 1886.)
Fortunata y Jacinta (tomo IV). (Madrid, junio, 1887.)
Celín, Trompiquillos y *Theros.* (Madrid, noviembre, 1887.)
Miau. (Madrid, abril, 1888.) (3)
La incógnita. (Madrid, noviembre, 1888-febrero, 1889.)
Torquemada en la hoguera. (Madrid, febrero, 1889.)
Realidad, novela en cinco jornadas. (Madrid, julio, 1889.)
Angel Guerra (tomos I y II). Madrid, abril, 1891, y Santander, diciembre, 1890.)
Angel Guerra (tomo III). (Santander, mayo, 1891.)
Tristana. (Madrid, enero, 1892.)

La loca de la casa, novela. (Octubre, 1892.)

Torquemada en la cruz. (Santander, octubre, 1893.)

DRAMAS

Realidad, drama en cinco actos (arreglo de la novela). (Comedia, 15 marzo, 1892.)

La loca de la casa, comedia en cuatro actos. (Comedia, 16 enero, 1893.) (Entregada en octubre, 1892.)
Gerona, drama histórico, en cuatro actos, sacado del episodio de igual título. (Español, 3 febrero, 1893.) (4)

La de San Quintín, comedia en tres actos. (Comedia, 27 enero, 1894.)

---

(3) Fechada en "Santander, octubre 30 de 1888", publicó su narración del viaje que acababa de realizar y la tituló *De vuelta de Italia.* Se imprimió en el tomito de la colección *Diamante* ya citada.

(4) Se imprimió en la colección titulada *La novela de ahora,* en 1908.

AÑOS	EPISODIOS NACIONALES
1894	
»	
1895	
»	
»	
»	
1896	
»	
1897	
»	
1898	*Zumalacárregui* (3.ª serie.) (Madrid, abril-mayo, 1898.)
»	*Mendizábal.* (Santander, agosto-septiembre, 1898.)
»	*De Oñate a La Granja.* (Santander, octubre-noviembre, 1898.)
1899	*Luchana.* (Santander, enero-febrero, 1899.)
»	*La campaña del Maestrazgo.* (Santander, abril-mayo, 1899.)
»	*La estafeta romántica.* (Santander, julio-agosto, 1899.)
»	*Vergara.* (Santander-Madrid, octubre-noviembre, 1899.)
1900	*Montes de Oca.* (Madrid, marzo-abril, 1900.)
»	*Los Ayacuchos.* (Madrid, mayo-junio, 1900.)
»	*Bodas reales.* (Santander, septiembre-octubre, 1900.)
1901	
1902	*Los tormentos del 48* (4.ª serie.) (Madrid, marzo-abril, 1902.)
»	
»	*Narváez.* (Santander, julio-agosto, 1902.)
1903	*Los duendes de la camarilla.* (Madrid, febrero-marzo, 1903.)
»	
1904	
»	*La revolución de julio.* (Santander, septiembre, 1903.—Madrid, marzo, 1904.)
»	*O'Donnell.* (Madrid, abril-mayo, 1904.)
»	*Aita Tettauen.* (Madrid, octubre, 1904-enero, 1905.)
1905	
»	*Carlos VI en la Rápita.* (Madrid, abril-mayo, 1905.)

(1) En 7 de febrero leyó en la Real Academia Española su discurso de ingreso. y en 21 del mismo contestó con otro al de recepción de su amigo don José María de

NOVELAS	DRAMAS
Torquemada en el Purgatorio. (Santander, junio, 1894.)	
	Los condenados, drama en tres actos y prólogo. (Comedia, 11 diciembre, 1894.)
Torquemada y San Pedro. (Madrid, enero-febrero, 1895.)	
Nazarín. (Santander, mayo, 1895.)	
Halma. (Santander, octubre, 1895.)	
	Voluntad, comedia en tres actos. (Español, 20 diciembre, 1895.)
	Doña Perfecta, drama en cuatro actos, sacado de la novela. (Comedia, 28 enero, 1896.)
	La fiera, drama en tres actos. (Comedia, 23 diciembre, 1896.)
Misericordia (1). (Marzo-abril, 1897.)	
El abuelo, novela en cinco jornadas. (Santander, agosto-septiembre, 1897.)	
	Electra, drama en cinco actos. (Español, 30 enero, 1901.)
	Alma y Vida, drama en cuatro actos. (Español, 9 abril, 1902.)
	Mariucha, comedia en cinco actos. (Barcelona, 16 julio, 1903.)
	El abuelo, drama en cinco actos. (Español, 14 febrero, 1904.)
	Bárbara, tragicomedia en cuatro actos (Español, 28 marzo, 1905.)

Pereda. Ambos discursos, reunidos con los de Menéndez Pelayo y Pereda, se han reimpreso en dicho año.

AÑOS	EPISODIOS NACIONALES
1905	
"	
1906	*La vuelta al mundo en la "Numancia".* (Madrid, enero-marzo, 1906.)
"	*Prim.* (Santander-Madrid, julio-octubre, 1906.) (1).
1907	*La de los tristes destinos.* (Madrid, enero-mayo, 1907.)
1908	*España sin rey* (5.ª serie.) (Madrid, octubre, 1907-enero, 1908.)
"	
1909	*España trágica.* (Madrid, marzo, 1909.)
"	
1910	
"	*Amadeo I.* (Santander-Madrid, agosto-octubre, 1910.)
1911	*La primera República.* (Madrid, febrero-abril, 1911.)
"	*De Cartago a Sagunto.* (Santander-Madrid, agosto-noviembre, 1911.)
1912	*Cánovas.* (Madrid-Santander, marzo-agosto, 1912.)
1913	
1914	
1915	
"	
1916	
1918	

(1) En este año publicó además un tomo titulado *Memoranda,* que comprende trece trabajos escritos en muy diversas épocas, como son: *Don Ramón de la Cruz y su época,* dos artículos publicados en la *Revista de España,* de 1870 y 1871 (tomos XVII y XVIII); *Cuarenta leguas por Cantabria,* escrito en septiembre de 1879, según se dice al final; pero ya figura impreso en la *Revista de España* (tomo LIII; dos artículos), de 1876; *Pereda,* en abril de 1882; *Niñerías,* en junio de 1889; *La casa de Shakespeare,* en 1890; *Leopoldo Alas* (Clarín) y *Rura,* ambos en enero de 1901; *Soñemos, alma, soñemos,* en noviembre de 1903; *¿Más paciencia?,* en enero

NOVELAS

Casandra, novela en cinco jornadas. (Santander, julio-septiembre, 1905.)

El caballero encantado. (Santander-Madrid, julio-diciembre, 1909.)

La razón de la sinrazón, fábula teatral absolutamente inverosímil, en cuatro jornadas. (Madrid, primavera de 1915.)

DRAMAS

Amor y ciencia, comedia en cuatro actos. (Comedia, 7 noviembre, 1905.)

Pedro Minio, comedia en dos actos. (Lara, 15 diciembre, 1908.)

Casandra, drama en cinco actos. (Español, 28 febrero, 1910.)

Celia en los infiernos, comedia en cuatro actos. (Español, 9 diciembre, 1913.)

Alceste, tragicomedia en tres actos. (Princesa, 21 abril, 1914.)

Sor Simona, drama en tres actos. (Infanta Isabel, 1.º diciembre, 1915.)

El tacaño Salomón, comedia en dos actos. (Lara, 2 febrero, 1916.)

Santa Juana de Castilla, tragicomedia en tres actos. (Princesa, 8 mayo, 1918.) (2).

---

de 1904; *La reina Isabel,* en abril del mismo año; *Ferreras,* en mayo del mismo; *La república de las letras,* en mayo de 1905, y *Paco Navarro,* en enero de 1906. Excepto los tres primeros, *La casa de Shakespeare* y la conferencia con la reina doña Isabel II, los demás tienen escaso valor.

(2) Los artículos de periódicos no han sido coleccionados ni catalogados, que sepamos, ni ya será posible hacerlo por constar anónimos. *La novela en el tranvía* es un cuento que Galdós imprimió aparte y no coleccionó en sus obras.

Pérez Galdós, Benito 259381
Author Maura y Montaner, Antonio
Title Necrología de D. Benito Pérez Galdós.
LS
P 4387
.Ym

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU